

Introducción

En febrero de 2025, el grupo de extrema derecha¹ Libertad sin Ira quería organizar en la Universidad pública más grande de Madrid (la Complutense) un acto con el ex portavoz del partido VOX para presentar su nuevo proyecto, con la finalidad de «debatir sobre el futuro de España y el papel de su generación en la construcción de una gran nación próspera». A pesar de ir escoltados por la policía, no consiguieron realizar el acto ante estudiantes y profesorado que se opusieron al grito de: «¡No pasarán!».²

Libertad sin Ira forma parte de un ecosistema de organizaciones, colectivos y grupos que han constituido una constelación de extrema derecha que se extiende por Europa, América Latina, Estados Unidos y buena parte del mundo. Al igual que este colectivo juvenil, ese ecosistema neofascista pretende «poner freno al totalitarismo ideológico en los campus universitarios». Utilizan la «libertad» como su principal ariete ideológico y estratégico

para difundir su discurso y confrontar contra los supuestos «enemigos» de la libertad, la patria y la civilización: sea el fenómeno de la migración, el feminismo, el «fanatismo climático» o el «marxismo cultural», como los definen.

Estas organizaciones se vinculan con partidos políticos cuyas redes operan a nivel global, pero que se adaptan a los contextos sociales y culturales de cada región y cada país. Han entendido que una de las batallas fundamentales es la de las ideas, releyendo a Gramsci desde un prisma libertario y reaccionario, al mismo tiempo. En esta guerra, que han declarado a la justicia social y al bien común, uno de los campos de batalla en el que están disputando la hegemonía es la educación.

En su conocido libro *Antifa. El manual antifascista* (2019), Mark Bray recopila una serie de lecciones históricas para antifascistas. Pueden ser aplicables al ámbito educativo.

- a) La primera es que el fascismo llega a través de las instituciones y los medios legales. En educación vemos cómo, en nombre de esta, las políticas de extrema derecha tienen la capacidad de destruir la educación pública, a través de políticas que están implementando allá donde están gobernando.
- b) Una buena parte de los dirigentes políticos y los intelectuales y académicos no tomaron en serio el fascismo hasta que ya fue demasiado tarde. En educación, vemos cómo no se plantean medidas, propuestas ni pedagogías que pongan freno al avance de la extrema derecha en el seno de las instituciones educativas, considerando a veces que no es algo apropiado ni necesario.
- c) Con frecuencia, el socialismo y el comunismo tardaron más que sus bases en valorar la amenaza del

fascismo y más aún en apoyar respuestas antifascistas. En educación, mientras el profesorado y los claustros docentes se ven acosados por actores *ultras* al defender derechos humanos³ o educación en igualdad, los responsables políticos no valoran suficientemente la amenaza que supone la extrema derecha y no generan políticas educativas antifascistas claras.

- d) El fascismo le ha robado a la izquierda la ideología, la estrategia, la imagen y la cultura. En educación vemos cómo la actual extrema derecha se ha apropiado de la bandera de la «libertad». Defiende la «libre elección» de centro escolar, que es privatización, o la escuela y la universidad «libres de ideologías», que en esencia implica no analizar ni cuestionar el *statu quo* dominante.
- e) No hacen falta muchos fascistas para que haya fascismo. En educación, es posible ver cómo menores, universitarios, familias e incluso profesorado se declaran votantes de extrema derecha o afines a la misma como forma de provocación, y crean un clima de crispación que genera un malestar social que se extiende más allá de las aulas. No son muchos, pero es preocupante porque pueden ser la base del crecimiento del neofascismo.

Frente a esto, sin embargo, hay un conjunto de colectivos sociales, movimientos comunitarios, colectivos feministas, sindicatos docentes, profesorado, sectores académicos, intelectuales comprometidos, comunidades educativas, etc., que buscan apuntalar los derechos y conquistas sociales obtenidas mediante históricas luchas en el campo de la educación, la igualdad y la justicia social. Plantean que esos avan-

ces culturales y educativos no pueden tener un espacio de retroceso en la escuela y en la universidad, y que, justamente, en estos momentos de crisis, de crispación, de dificultad, es cuando más hay que impulsar una agenda radicalmente democrática, progresista, e incluso revolucionaria, para hacer de las escuelas, de la universidad y de la educación en general un enclave fundamental del cambio social.

En este sentido, no partimos de cero en este libro. Recuperamos en él la experiencia de muchas comunidades educativas de distintos países, de profesorado, de movimientos de renovación pedagógica, de «mareas verdes» por la educación pública y laica, de la experiencia práctica que se está desarrollando en muchos sitios y en múltiples centros, que proviene, a su vez, de grandes pedagogas y pedagogos que a lo largo de la historia han propuesto auténticas revoluciones en educación. Al igual que nos nutrimos de nuestra propia experiencia como profesores, trabajando con colectivos docentes en México y América Latina y con colectivos docentes en España y Europa.

También reivindicamos la rica experiencia internacional de lucha antifascista en educación, como la *Cartilla escolar antifascista*, publicada en 1937 por la República española,⁴ así como la reforma educativa cardenista en México en esos años, de claro tinte antifascista, en la que el presidente Lázaro Cárdenas llamaba a las naciones latinoamericanas a luchar para «destruir el nazifascismo». Ambas propuestas desataron una reacción brutal en el terreno educativo y fueron combatidas por el fascismo, con el trágico resultado de maestras violadas, lapidadas y asesinadas en el caso mexicano.

A casi un siglo de esas experiencias, convocamos a la memoria para iluminar nuestro presente. Llamamos firmemente a construir una agenda educativa internacional

antifascista para el siglo XXI. Este es el objetivo de este libro. Cómo articular estrategias para esa educación antifascista en las aulas, en los centros, en las comunidades educativas y en la sociedad. No podemos permanecer ajenos a la barbarie. Educar en derechos humanos, en el bien común y en la democracia son elementos fundamentales de la finalidad de toda educación. La escuela y la universidad forman personas preparadas en conocimientos, pero también en principios y valores que hemos acordado colectivamente, que constituyen el marco fundamental de lo que nos hace humanos y que nos da esperanza de seguir construyendo un mundo más justo y mejor para las futuras generaciones.